

Durante el año pasado iniciamos una reflexión sobre el candente tema de las relaciones entre el cristianismo y el marxismo. Nuestra línea editorial ha sido plantear el tema desde el cristianismo, desde un cristianismo comprometido, como exigencia de su propia fe, en el cambio de las actuales estructuras de dominación de la sociedad venezolana. Nuestra posición no es compartida por todos los grupos o tendencias eclesiales. Tampoco lo es por significativos grupos marxistas que mantienen una posición fija respecto del problema religioso y, por ende, respecto de los cristianos y el cristianismo mismo. El tema propuesto ha interesado, sin embargo, tanto a sectores marxistas como a grupos cristianos que han venido contribuyendo a esta reflexión desde sus respectivos puntos de vista.

Continuando la discusión sobre este apasionante tema, presentamos a nuestros lectores la posición de Carlos Blanco, integrante del Equipo Proceso Político y profesor de la UCV, que enriquece otros aportes desde el campo marxista, publicados anteriormente (Véanse los Nos. 406 y 409 de Junio y Noviembre de 1978); y a continuación presentamos, en contraste, la parte del Programa de Gobierno del MAS (1978) que se refiere a la Política religiosa. (N. de la R.)

## CRISTIANOS REVOLUCIONARIOS Y REVOLUCION CRISTIANA

CARLOS BLANCO

Quizás sea esta discusión una de las más complejas que tenga que abordarse en el proceso de construcción de una fuerza revolucionaria; ella está llena de problemas y de falsos problemas, y por supuesto el modo como se asume forma parte del tipo de respuestas que habrá de darse. La discusión marxismo-cristianismo al ser planteada de ese modo ya supone parte de lo que debe resolver; supone que son dos maneras, eventualmente convergentes, construidas en planos similares, de responder a las necesidades de transformar revolucionariamente la sociedad del capital. Y no sólo supone tal cosa, sino que además frecuentemente encubre problemas diversos. Discutir la función de la Iglesia como institución del Estado burgués y las contradicciones que se desarrollan en su seno no puede partir de un lugar distinto de analizar el proceso de constitución y cambio del moderno estado capitalista; este es un problema conexo pero diferente al de las posiciones políticas de los sectores de las masas que de alguna manera se definen como cristianos (o creyentes en general), pues en este caso se trata de la naturaleza de los procesos ideológicos, inevitablemente contradictorios, en el seno del movimiento popular; también la discusión puede ubicarse en el análisis de la compatibilidad teórica y práctica de la fundamentación marxista de la sociedad capitalista con los juicios que dimanen del cristianismo, discutiendo incluso si del cristianismo podemos derivar una posición respecto del capitalismo y sus contradicciones.

Esclarecer qué discutimos es una condición para que el resultado marche en dirección a la revolución. Porque no sólo hay insuficiencias y limitaciones derivadas de que, aun cuando no es un problema nuevo en el mundo, no ha sido profunda y detenidamente discutido, salvo por grupos cristianos; sino que también hay politiquería y trampas en la discusión.

Hoy el problema básico no es el de las posturas dogmáticas, aunque ellas subsisten en los márgenes. En la discusión que recorre el campo de la revolución actualmente no es una postura dominante el pretender que ya Marx, Engels y Lenin resolvieron los problemas, pues si algo se ha conquistado en el campo del marxismo es el que el marxismo no puede existir más que a condición de que se desarrolle teórica y prácticamente; no hay grandes verdades si no son reconstruidas por la lucha cotidiana de los pueblos.

El problema central de esta discusión sobre el cristianismo es la postura oportunista que se ha estado generando en algunas áreas de la izquierda organizada y en algunos sectores cristianos o que se definen como tales. Este oportunismo tiene que ver con la profunda debilidad en que existe la izquierda en Venezuela.

Ante esta situación algunos sectores han encontrado una supuesta veta de crecimiento o por lo menos de audiencia política con posturas abiertamente demagógicas. Allí no se discuten los problemas, no se presentan vías de desarrollo de las contradicciones, sino que simplemente

por poco no se dice que las casualidades históricas son las que han impedido que el marxismo y el cristianismo fueran la misma cosa. Sugieren que si no fuera por un párrafo de Marx mal digerido por Lenin y Stalin, y algunas posiciones vaticanas productos del atraso feudal de los papas precedentes a Juan XXIII, casi no habría diferencias más que en un plano irrelevante que sería el de la subjetividad individual, en el plano de la fe. Esto también es fariseísmo.

Lo peor que se le puede hacer a esta discusión es obviarla con la finalidad de que algunas agrupaciones logren "tener" su fracción de curas y monjas con la cual hacer ejercicios de amplitud; lo cual recuerda un poco la moda de los partidos tradicionales que antes se vanagloriaban de "tener" unos cuantos oficiales "en la Guarnición de Caracas y en la de Maracay".

Pero también de manera menos pronunciada se pueden notar ciertos rasgos de oportunismo político en posiciones definidas como cristianas, constituidas por gente de izquierda y que vive la misma debilidad de toda la izquierda, y que sin afrontar los problemas reales que derivan de su punto de definición como cristianos, usan abusivamente tal condición para negociar su presencia en la escena política. Esto no sólo es la contrapartida de la posición criticada en el seno de grupos y organizaciones de izquierda sino que permite la reproducción del utilitarismo que es, sin duda alguna, pro-

fundamente reaccionario.

Cristianismo y Marxismo no es un problema teórico. Tiene consecuencias prácticas profundas. Para citar ejemplos baste señalar lo grave que es que haya religiosos que se embarquen en acciones que, en definitiva, puedan servir para contrariar los propios fines perseguidos; generándose frustración, escepticismo y huidas...

Normalmente el punto de partida por donde la discusión comienza es sobre la legitimidad de la acción revolucionaria de los cristianos; ¿puede un cristiano comprometerse con la transformación revolucionaria de la sociedad, con la destrucción del capitalismo?

Este es un falso problema en el campo de la revolución. Es lo mismo que preguntar si las masas populares que siempre existen contradictoriamente, cuyas posturas sociales tienen diversas precedencias por las distintas prácticas de clase, pueden ser revolucionarias.

Todos los sectores de las masas, a ritmos específicos, con avances y retrocesos, por medio de sus contradicciones, desarrollando una política de clase, son el componente esencial de la fuerza de la revolución. A la condición popular, de clase, se subordina socialmente cualquier otra determinación, incluida la de cristiano; esto no lo determina una voluntad exterior o un análisis teórico, sino la naturaleza de la lucha de clases que, en la medida en que se agudiza, coloca como centro de la definición las posturas de clase. La pregunta sobre si los cristianos pueden ser revolucionarios o es ingenua o es una impertinencia teórica en el campo del marxismo. El hecho de que lo prioritario pasa a ser una definición de clase se muestra en el hecho de que quienes adoptan posiciones revolucionarias estarán siempre de un mismo lado, en tanto que habrá división entre cristianos revolucionarios y cristianos contrarrevolucionarios.

¿En dónde esa pregunta sí es legítima? Inevitablemente en el seno de la Iglesia; pues como institución del Estado burgués la Iglesia forma parte del poder dominante, pero, como todas las instituciones, no puede vivir y ejercer la dominación, si al mismo tiempo no experimenta las contradicciones de la sociedad que domina. En el seno de la Iglesia se da la contradicción entre la burguesía y el proletariado a pesar de ser (más bien por ser) una institución que forma parte del tejido dominante. Esa contradicción, hay que advertir claramente, es de la Iglesia porque es de la sociedad capitalista, la contradicción burguesía-proletariado se proyecta hacia las prácticas institucionales cristianas, pero no es una contradicción prioritariamente del cristianismo que se proyectaría a la sociedad como lucha de cla-

ses. Aquí la prioridad teórica y práctica la ejerce la confrontación de clases que se expresa en uno de sus niveles en el seno de la religión y, más precisamente, en sus prácticas sociales.

Es por ello que la lucha de los cristianos en el seno de la Iglesia por legitimar ante la Iglesia —porque ante las masas de las cuales forman parte no necesitan hacerlo— su acción revolucionaria, es la forma que adquiere la lucha revolucionaria en el seno de una institución del Estado, por ello allí y en ese sentido es perfectamente legítima. Pero convertir esto en un problema donde no lo es, más que añadir una posibilidad de impulso a las tareas revolucionarias, es un modo de convertir en algo ajeno lo que no tiene por qué serlo: los cristianos y los otros.

En la conquista social de la legitimación de la acción revolucionaria de los cristianos frente a la jerarquía eclesiástica, la apelación a las Escrituras y a las luchas contra la opresión en distintos períodos históricos forma parte de la lucha contra las formas institucionales de dominación. Pero allí debe decirse con claridad que una interpretación dirigida al desarrollo revolucionario se fundamenta y surge de otro lugar, en la adopción en el campo de la lucha de clases del punto de vista del proletariado, de su proceso de constitución y sus luchas. Puede, evidentemente, una posición proletaria revolucionaria reforzar sus motivos de luchas incluyendo las luchas religiosas contra la opresión; pero esto no es lo mismo que decir que desde la religión surge una posición proletario-revolucionaria.

Esto debe ser clarificado. La acción revolucionaria no consiste en estar al lado de los pobres "para ayudarlos en su lucha". Es una cosa mucho más compleja que no guarda ningún parentesco con las posturas de la burguesía liberal que también lamenta que haya pobres; se trata de comprender que el fenómeno de la pobreza es un fenómeno de clase y que el único lugar social desde el cual puede transformarse la sociedad es desde una posición de clase (con todo lo que en este campo se puede discutir). El obviar las posiciones de clase no es simple retórica, pues significa eludir la naturaleza de las fuerzas que se confrontan, la caracterización del Estado, los problemas de la vanguardia revolucionaria, el Partido, el proceso de destrucción del Estado burgués, etc. Una posición que se remita a estar al lado de los pobres no puede ni teórica, ni prácticamente dar cuenta de esos problemas, ni de su superación.

En este sentido los textos y prácticas religiosas pueden ser válidos para mostrar cómo transformar el mundo no está contradicho desde una interpretación religiosa, pero lo que no puede aspirarse es

que allí encuentre sus bases, pues desde allí no se puede dar cuenta del concreto fenómeno histórico del capitalismo y de sus perspectivas de transformación. Es pues una lucha al interior de la Iglesia que toma la religión como uno de los niveles de la lucha, pero es esencialmente una confrontación política entre sectores populares y los niveles predominantes de la jerarquía, de una parte, y entre sectores al interior de las congregaciones (o expresados como confrontación entre ellas). Se puede utilizar —en el buen sentido— el lenguaje del Evangelio, pero son luchas políticas en el seno de la Iglesia que hunden sus raíces en la contradicción básica de la sociedad capitalista.

En la dureza de este combate político en el seno de la Iglesia, que como todo combate político en las instituciones burguesas tiene conspiraciones y trampas contra los disidentes, maniobras y zancadillas, etc., la religión aparece en su dimensión social, como práctica institucional contradictoria que, normalmente, sirve para que la jerarquía refuerce los términos de su dominación.

De esta manera entendemos que es posible que posiciones tendencialmente proletario-revolucionarias adquieran una forma particular en el seno de la institución eclesiástica; lo que sí creemos incoherente es asumir que en el campo global de la lucha de clases, en el desarrollo de la fuerza revolucionaria, se puede asumir como determinación primera la condición cristiana.

Un movimiento que aspire a ser partícipe en el proceso revolucionario se construye a partir de determinaciones de clase, después puede tener una diversidad de matices y otras determinaciones pero lo que nos parece incorrecto es colocar en primer lugar la condición religiosa.

Esto nos conduce a un aspecto central del análisis. Pues si bien es cierto que no hay obstáculo para los cristianos en tanto parte del movimiento popular puedan participar en el desarrollo revolucionario, otra cosa bien distinta es plantear que el cristianismo en cuanto cosmovisión y práctica religiosa pueda fundar y sostener una posición revolucionaria. Desde el cristianismo no puede responderse a la naturaleza de la lucha de clases en el capitalismo, a la necesidad de desarrollar un punto de vista teórico y práctico de clase, a los problemas de la conformación del Estado burgués, a las cuestiones relativas a la dictadura del proletariado, a los problemas del partido. El hecho decisivo es que es implantable desde una fundamentación religiosa dar cuenta de los problemas de la dirección de la revolución.

Esto no es, como algunos piensan, una mera insuficiencia que obliga a la complementariedad con el marxismo. Es

to es la muestra de la no-pertinencia de colocar en el mismo plano al marxismo y al cristianismo, aunque no sea más que porque mientras que en el marxismo se puede dar cuenta del fenómeno religioso, la religión es intrínsecamente incapaz de dar cuenta del marxismo y de los problemas que le son inherentes.

Por esta razón es que movimientos que colocan en primer lugar su condición cristiana, sea porque se procura buscar una fundamentación alterna al marxismo, sea por razones de táctica política, son movimientos que llegan rápidamente a un tope de su desarrollo; esto es la evidencia práctica de que la religión no puede ser la base de una estrategia revolucionaria. Frecuentemente esto conduce a un activismo sin norte, carente de política, sin precisar el sujeto y la dirección revolucionarios (posición que es aprovechada por una cierta izquierda utilitaria), o da lugar a una práctica teorícista, especulativa, carente de posibilidades de convertirse en fuerza social real desde el punto de vista proletario.

No es casual que mucha gente que ha intentado partir de su condición religiosa para la práctica política, llegado un momento comienza a experimentar una contradicción insoluble: o "se cuelgan los hábitos" y las creencias religiosas se remiten al mundo de una fe sin repercusiones prácticas específicas o se reivindica la condición religiosa en cuyo caso se la usa como "credencial" pero no se logra articular una fuerza revolucionaria capaz de insertarse en la lucha de clases en términos de la coyuntura.

Porque el cristianismo no es una proposición sobre la sociedad, porque el cristianismo no da cuenta de los fenómenos que se piensa debería responder en su supuesta convergencia con el marxismo, es por lo que no es homologable el par cristianismo-marxismo; problema distinto al de la posibilidad de los cristianos de participar en el proceso revolucionario.

Pero al plantear de este modo las cosas se puede contraargumentar diciendo que precisamente porque la postura religiosa no atiende a los procesos a los que el marxismo se refiere es por lo que desde el cristianismo se podría "usar" el marxismo como un método interpretativo, como la forma en que se hace terrenal la aspiración cristiana de justicia para los pobres. Esto no es más que convertir al marxismo en una caricatura de sí mismo; esta es la concepción que entiende al marxismo como un método capaz de ser utilizado para el análisis, sin mayores consecuencias. Estamos en presencia de una inaceptable reducción del marxismo que interesadamente pretende desconocer que la condición metódica es parte de la propia naturaleza de los procesos, objetivos,

y problemas que son planteables en el campo de la revolución; no hay métodos ajenos a la concepción misma de la sociedad, a sus propósitos, a las fuerzas sociales que los materializan, a los enemigos que definen. El método marxista es inseparable del punto de vista de clase proletario que es una posición teórica y práctica que desde la partida implica unos problemas y no otros, una manera de resolver y no otra.

Si bien no puede concebirse al marxismo hoy día como una cosmovisión que igual serviría para responder la vía revolucionaria en cualquier parte, así como sobre los problemas de la microfísica, la respuesta no puede —por lo dicho— remitirse a un marxismo maltrecho y reducido a "un método", desprovisto de su propia naturaleza teórico-práctica y con el cual no sólo podría converger el cristianismo, sino que es la concepción real con la que ha funcionado la socialdemocracia en el mundo. Son de antología los "análisis" socialdemócratas que se plantean "usar" el marxismo despojado de su historia (para no contaminarse), de su fundamentación (para no hacerle concesiones a un "grosero materialismo"), de la lucha de clases (para poder "incorporar" a la revolución a sectores que Marx no previó), de su violencia (para ejercicios de amplitud), etc. Así el marxismo se convierte en un bagazo que ha llevado y traído esa vertiente política en todo su análisis y su práctica oportunista.

Hay que advertir sobre el hecho de que el marxismo es cierto que experimenta una resonante crisis teórica y práctica, lo cual ha dado lugar a muchas contradicciones, a distintas "escuelas" en su seno; pero ello debe ser cuidadosamente tratado, pues sirve para la argumentación según la cual si no hay compatibilidad con una interpretación marxista, la habrá con otra, dando lugar a una indefinición teórica permanente. Es cierto que hay contradicciones importantes, profundas, y varias son irreconciliables, pero cuando hablamos del marxismo en singular estamos hablando de un campo problemático, más que de una colección de respuestas. Por lo tanto "converger" con el marxismo no es adherir tal o cual fórmula sobre, por ejemplo, el tipo de partido que hay que construir, sino participar de un desarrollo teórico y práctico desde una posición de clase que entre otras cosas significa asumir el problema ideológico (dentro del cual está el religioso) como determinado y no como determinante, por lo tanto incapaz de fundar una posición. Allí está no sólo la diferencia de planos constitutivos, sino al mismo tiempo una muestra de cómo no es correcto plantearse la convergencia.

Pero esto es así no sólo desde el análisis del marxismo, sino que la búsqueda

queda en la religión de aproximar posiciones religiosas al marxismo más que mostrar su posibilidad muestra el carácter del fenómeno religioso y, por tanto, sus limitaciones insuperables. El hecho de que los marxistas, con contradicciones y por medio de ellas, puedan dar cuenta del proceso transformador y que, por el contrario, en el cristianismo se necesite producir la salida de su marco referencial, más que indicar una asimetría revela la naturaleza del problema, en términos del cual buscar mixturas es desvirtuar la condición del cristianismo y prostituir el marxismo, convirtiéndolo en una metafísica que sirve para "comprender" la sociedad, obviando el hecho de que no puede comprenderse al margen de quién la comprende y las prácticas desde las cuales se hace.

Esta contradicción entre cristianismo y marxismo, que deriva de los "lugares" desde los cuales se constituyen, sus objetivos y sus prácticas, evidentemente se proyectan hacia los cristianos, no para admitir o no su posible práctica revolucionaria, sino para hacerla contradictoria. Porque se trata de resolver —al menos desde el punto de vista social y no teológico— a qué responde la necesidad religiosa individual, la ideología religiosa. Esto debe ser asumido en el marxismo no con el propósito de resolverle a supuestos "otros" la pertinencia del problema religioso; la cuestión religiosa es un problema también al interior del marxismo en la medida en que muchas veces se le ha convertido en una religión, con sus dogmas y prácticas rituales, con sus sacerdotes y penitencias, con su Cielo y su Infierno. Es este falso marxismo o "marxismo" religioso, engendrador de prácticas no revolucionarias, precisamente el que se ha visto imposibilitado de comprender los propios fenómenos religiosos. No podía ser de otra manera: la religión no puede dar cuenta de sí misma como fenómeno social, sólo puede hacerlo en el terreno estrictamente religioso y, por tanto, no puede afectar su fundamentación como proceso ideológico.

Con lo anterior lo que sostenemos es que resolver la cuestión de la religión significa resolver la actitud religiosa al interior mismo del marxismo. De todos modos el dar cuenta de la determinación histórica de la religión no se puede hacer sino en el campo de la revolución.

La religión como práctica social que lo que hace es reproducir, en nombre de Dios, las relaciones de dominación debe desaparecer en el proceso de reconquista de la libertad. Pero hay un campo donde la lucha por el comunismo en el mundo no ha dado respuestas y teóricamente es inconcebible que la haya más que en el campo de construcción práctica del co-

munismo mismo, y es el problema de la fe individual, la forma consciente que adopta la relación del constructor de la sociedad con el mundo. ¿Es posible que exista fe en lo divino, fuera del hombre histórico, separada o despojada de la religión como práctica reproductora de la dominación?; en el marxismo hay vías de respuestas posibles, indicadoras de que la construcción del comunismo superará las bases materiales que sostienen las necesidades ideológicas, incluso de la fe en Dios. En todo caso este es un problema no re-

suelto y ni siquiera afrontado, en la misma medida que todo el fenómeno de la subjetividad humana ha sido relegado en un buen trozo de la historia del movimiento revolucionario mundial. O ha habido anticlericalismo (y no debe olvidarse que es una práctica típica de la burguesía insurrecta) o ha habido "tolerancia", lo cual supone, en ambos casos una incompreensión del problema porque ambas son respuestas represivas en el fondo.

A nuestro juicio la discusión hay que colocarla en un terreno que permita

salir de las trampas y pseudo problemas. Estas reflexiones son una contribución a esa discusión, presididas por la angustia de ver cómo en muchas oportunidades se escamotea el nudo de los asuntos para hacer politiquería. Ofrecemos nuestra contribución, conscientes como estamos que más que respuestas sólo podemos recoger y organizar problemas que este período de lucha que comienza, nuevamente, a abrirse en Venezuela y Latinoamérica habrá de responder en la práctica revolucionaria de las masas. □

# LA RELIGION EN LA NUEVA SOCIEDAD

## PROGRAMA DE GOBIERNO DEL MAS

La historia ha dejado cada vez más claro la imposibilidad de realizar la justicia en la sociedad capitalista, aún en las formas más evolucionadas y democráticas de la misma, de allí que en las diversas iglesias, y en la Católica de modo sobresaliente y activo, se expresen opciones muy nítidas a favor de un cambio no capitalista de la sociedad, que posibilite el pluralismo, la libertad y las condiciones fundamentales de igualdad social. Ello explica que la religiosidad se venga convirtiendo en un sector de impugnación, más o menos intensa, al desorden social y deshumanizador que en definitiva define la gestión histórica del capitalismo. Esto la vincula en gran medida, y sobre todo —aun cuando no exclusivamente— en el caso del catolicismo, a las mayores y mejores aspiraciones populares.

Por otra parte, lo religioso concierne a regiones profundas, insoslayables y sustantivas del ser humano, no es un hecho artificial ni un mero reflejo de ciertas formas de alienaciones socio-históricas. Viviendo y estando impregnada por los rasgos de la actual sociedad, es —en tanto región de la trascendencia y la espiritualidad, en una cierta condición de las mismas— su negación y la necesidad de su ruptura, para que la dimensión religiosa del hombre aflore y se constituya en condiciones existenciales que la hagan más vivificante, activa y plena.

Es en ese doble sentido antes mencionado donde insertamos la importancia social del creyente y en tanto tal, la motivación religiosa más auténtica lo lleva a insertarse en la promoción de los cambios sociales. Así, el hombre creyente adquiere relieve para el trabajo social y político de construcción de la Venezuela socialista, tanto por sus rasgos cualitativos como por

su peso social cuantitativo, y no sólo por este último.

En la vida social el creyente cristiano se enfrenta a diversas formas de trabajo que suponen una opción ideológica, histórica, política. Es legítimo que todas ellas se desarrollen y que, en todos los casos, la evolución de cada una en su confrontación con la realidad la vincule más y más a la construcción teórica y práctica de nuevas formas de socialidad, siendo en nuestro criterio la socialista aquella que de modo más alto expresa a las mejores aspiraciones por un mundo mejor. La presencia, libre debate y evolución de esas opciones entre los cristianos, los creyentes, es una forma del pluralismo y la democracia que garantiza el socialismo, en tanto libera la religiosidad de la manipulación y piensa que ella, en sus formas más plenas y avanzadas, puede identificarse con los objetivos del socialismo en su expresión venezolanamente específica, cuyo contenido general se expresa a lo largo de estas Tesis y Programa de Gobierno.

Deseamos una Iglesia libre para ejercer su misión inspirada en el compromiso con el prójimo oprimido, y que —sustentada en sus deberes— tenga el derecho real a participar en todas las tareas de construcción de la nueva sociedad (planificación, educación, desarrollo cultural y espiritual, convivencia y diálogo social).

En todo caso, en la sociedad socialista el Estado no tendrá religión oficial ni su carácter laico supone, bajo ninguna forma o pretexto, la práctica oficial u oficiosa del ateísmo. El carácter de creyente o no creyente no da privilegio a uno en detrimento del otro. Ahora bien, partiendo de la constatación de que en Venezuela los creyentes católicos constituyen una significativa mayoría de nuestra población, y su expresión institucional en la

Iglesia Católica es la de mayor peso en la vida social, de la nación, ello requiere que ocupen un papel relevante, abierto a la solidaridad y a la convivencia con toda la sociedad y sus múltiples tendencias, con las fuerzas histórico-sociales del cambio hacia una Patria socialista, manteniendo viva su conciencia crítica y su participación indispensable en la creación de un tiempo humano justo y pleno.

Dentro de las anteriores consideraciones, este Plan de Gobierno Socialista necesita de la participación plena de los creyentes cristianos en su discusión, implementación y realización. No se le puede llevar a cabo sin ellos ni en contra de ellos, porque no deseamos que sea así, ni debe ser así.

En tal sentido y en la estricta materia religiosa, contemplamos.

1) En la sociedad socialista venezolana, dentro de su inspiración más profunda, la libertad y el pluralismo son rasgos esenciales, los cuales alcanzan a la materia de lo religioso.

2) No habrá confesionalidad oficial, ni religiosa, ni atea, en cambio habrá reconocimiento al peso y valor que el cristianismo católico tiene y puede seguir teniendo en la sociedad venezolana, ello sin detrimento de ninguna forma de creencia religiosa dentro de la legalidad social.

3) El Estado debe estimular a la Iglesia para que ella cumpla en las mejores condiciones posibles y en goce de la más amplia libertad con su misión inspiradora del pluralismo, la criticidad, la justicia, la fraternidad, la convivencia y el diálogo, la búsqueda de formas cada vez más humanas de vida social con un sentido cada vez más enriquecedor de la existencia.

4) El uso pleno de la libertad de difusión de las creencias y del ejercicio religioso. □